

CLARISSA

Carlos Be

Primer intento de suicidio

Un banco en un parque
y una cruz azul en el cielo.
No hay nada de anecdótico en
lo que cuento. Y sangre... ¿de dónde?

Gotas en el suelo, entre mis rodillas. La nariz, sangro por la nariz. ¿Cuándo he empezado a sangrar? (*Saca un clínex del bolso.*) Mi madre echaba vinagre, la muy bruta. (*Se tapa la nariz con el clínex.*) Me llamo Clarissa. Clarissa como ella. Una niña se detiene frente al banco y me señala con el dedo.

—¡Cocainómana!

—¡La madre que te parió!

La niña rompe a llorar,
rápido, Clarissa, lárgate de ahí,
le he dado sin querer con el bolso, os lo
prometo, ha sido sin querer, pero se lo merecía,

pensad lo que queráis pero se lo merecía. (*Tira el clínex al suelo.*) Yo no tengo niños ni los quiero, pero si hay que soltar una torta a tiempo, pues educo, me da igual de quién sea el niño. Me pregunto de dónde sacarán esas cosas, todo el día pegados a la pantalla... A mí me da miedo acercarme a esos aparatos, es un estado tan parecido a... ¿Sabéis las luces esas de las discotecas, esas que parpadean sin cesar? Estroboscópicas se llaman, luces que parpadean sin cesar y,

de repente,

la realidad.

(*Se echa una rebeca sobre los hombros.*) El color azul siempre me ha gustado. Me sienta bien, lo noto y se nota. Aún estoy de buen ver. ¿Sin risas? ¡Gracias! Yo me sé de un par de vecinos o tres que aún me hacen ojitos. También hay un enfermero en la residencia de mi padre pero ya se sabe, no hay nada que hacer con los enfermeros, así que a conformarse con los vecinos del barrio. A mí

siempre me han gustado jóvenes, más jóvenes que yo, siempre fui un poco asaltacunas... hasta que te hartas de levantarte mojada. Saberse sola y sentirse bien es un plus a mi edad.

Me detengo frente al metro de Ventura Rodríguez. *(Se lleva la mano al pecho.)* Palpitaciones. Palpitaciones no, por favor, no estoy enferma del corazón. ¿Alguna vez habéis sentido ganas de gritar en la boca del metro? *(Una corriente de aire sacude sus cabellos y Clarissa se recoge en el interior de la rebeca.)* Pensaréis que estoy loca. Para nada.

Estoy muy cuerda, tan cuerda como cualquiera
de vosotros. Perdón, como la mayoría de vosotros,
que hoy en día no se puede poner la mano en el fuego por
nadie. Es la primera vez que me pasa, os lo juro, lo de las palpitaciones,

es la primera vez, serán los nervios. Mejor volver caminando. Tardaré una hora pero me apetece. Pasear. Los plátanos sueltan muchísimo polen, esa pelusilla que vuela y no hace más que fastidiar. Yo no soy alérgica pero tengo un alérgico en casa y es insoportable ver la tele con él cuando le sobreviene el ataque. Al principio entenece y debe despertarle el instinto maternal a quien lo tenga, pero con los años termina por perder todo el encanto. Como todo, vamos. No sé a qué viene todo esto y tampoco he entendido nunca a quién le importa que le cuenten estas pamplinas, ahora mismo lo único que quiero es quitarme los zapatos, tengo los pies destrozados, veo las ampollas desde aquí. Algunos ya lo habréis deducido pero para los que no, os voy a ayudar. Mi marido es alérgico al polen y sí, estoy casada. Él tiene cinco años menos que yo, para los que habéis estado más atentos. Se llama Adrián y no sé qué más contaros. Bueno, que tiene una amante. Mi mejor amiga. Adriana. Adrián y Adriana. Parece un chiste malo, ¿verdad? Pues este mal chiste es mi destino, y quién soy yo para desafiar al destino.

Me detengo en la farmacia, el colpotrofin, el idracare y muchas tiritas, nunca he comprado tantas tiritas, creo que me las llevo todas, ah, «Y una caja de esto, por favor». La farmacéutica me mira.

—¿Desde cuándo tomas esto, Clarissa?

—No es para mí.

—La receta va a tu nombre, Clarissa.

—Dámelo y punto.

Salgo de la farmacia con los pies desollados, aguantaré el dolor hasta casa, total, allí se disolverá con todo el que hay: con todo el dolor que tengo en casa. Muchos de vosotros habéis oído el cuento de la peseta, el caballo y la manzana. Sabéis de qué os hablo, ¿verdad?

La puerta se abre,
una bocanada como
la del metro, el aire tibio

y el terror. Entro en el salón descalza.

El balcón abierto y ahí está él, de pie. Adrián. Me cuesta tanto no pensar en Adriana cuando digo Adrián.

—Adrián... Sé que tienes una amante. Te pido, por favor, que te vayas con ella una temporada hasta que resuelva qué hacer con mi vida.

—No voy a irme con ella.

—¿Cómo?

—Que no voy a irme con ella.

—¡Pues vete con quien quieras., pero vete!

(*Calma, Clarissa, calma.*) Adrián prepara una pequeña maleta y se larga.

—Clarissa...

—¡Que te largas! (*Calma...*) Hasta que resuelva qué hacer con mi vida...

En cuanto sale por la puerta, ¡ya!,

cuento

hasta cien.

Uno, dos, tres...

hasta cien.

Siete, ocho, nueve... No llego nunca a cien...

Veinticinco, veintiséis, veintisiete... No llego a cien, veintiocho, cojo carrerilla y veintinueve, me tiro por el balcón. Me estampo contra el techo de una furgoneta.

Vivo en un primero.